



Diario de una Maestra

Edición 1 - Mayo 2026



Directora General
Astrid Cáceres Cárdenas

Subdirector General
Adriana Velásquez Lasprilla

Directora de Primera Infancia
Julie Pauline Trujillo Vanegas

Subdirección de Atención Integral Interinstitucional
Yohana Cristina Niño Pinto.

Subdirección de Atención Integral Familiar y Comunitaria
Juan Felipe Valencia Montoya.

Subdirección de Atención Integral Propia e Intercultural
Juan Carlos Muchavisoy Chindoy.

Corrección de estilo
Oficina Asesora de Comunicaciones

Diagramación y diseño
Dirección de Primera Infancia

Coordinación editorial
Betty Leonor Monzón Cifuentes

Grupo Imagen Corporativa
Edición marzo 2026

Hoy le escribo a las maestras de educación inicial del país de la belleza, recorriendo en mi mente, esos momentos exactos que me llevaron a ser maestra: La clara orientación de mi mamá por la educación pública, la llegada de mi hermana menor a un mundo que sentía debía ampliar para ella y las experiencias de cuidado entre hermanas que la vich en la adolescencia y la juventud nos llevaron a tejemas en manada.

Desde esta añoranza me llena de orgullo escribir esta carta para reivindicar las experiencias, relatos, aportes y retos que viven día a día las maestras de educación inicial, aquellas que han entendido su lugar en la garantía de un derecho, asumiendo que cada interacción, cada experiencia, cada ambiente, cada palabra, cada emoción que ponen en juego con las niñas, niños, gestantes, familias y comunidades son fundamentales en sus vidas; no solo para potenciar eso que llamamos desarrollo integral sino también para fortalecer un tejido social o muchos tejidos capaces de poner en el centro a las niñas y los niños.

Hoy escribo agradeciendo la labor de las maestras en educación inicial; aquellas que creen en el poder de juntarse con otras para construir formas territorializadas de vivir el derecho a la educación inicial; aquellas que siguen investigando, indagando y observando para organizar su práctica pedagógica y no se dejan entredar por lo que otros les dicen que deben hacer, sino que se orientan por lo que niñas y niños les proponen, aquellas que no se intimidan cuando les dicen que la educación inicial se vive más allá de cuatro paredes, y habitan los territorios en plenitud, se apropia solo estando en diversidad, saben que la diversidad se apropia solo estando en diversidad y abren las puertas a todas las formas de vida y reconocen las luchas de los pueblos; aquellas que escriben notas, relatos, artículos, investigaciones... porque saben que escribir organiza el pensamiento y el corazón, como las maestras que hoy comparten sus palabras y reflexiones en esta revista y son protagonistas de esta edición.

Que hoy sea una oportunidad más para conectar con el poder de ser maestra de educación inicial; sin dudar que nos tejemas en comunidad para así avanzar en una educación inicial pública y comunitaria que este a la altura de la generación que crece para la paz.

Julie Pauline Trujillo Vanegas

TABLA DE CONTENIDO

EJE 1: Así es como lo hacemos

Experiencia 1: Donde el corazón aprende a quedarse.	11
Experiencia 2: Mi sombra contó un cuento: cuando imaginar nos hace visibles.	13
Experiencia 3: Mi rol como coordinadora.	16

EJE 2: Jugando pasan cosas importantes

Experiencia 4: Cuando el cuerpo se descubre jugando.	19
Experiencia 5: Jugando pasan cosas importantes: cuando las manos que cuidan vuelven a jugar	22
Experiencia 6: Juegos de ayer y hoy.	24
Experiencia 7: Saltos de cartón y vuelos de costal.	26
Experiencia 8: Cuando imaginar es aprender: el teatro que nace desde la infancia.	30

EJE 3: Lo que somos también se aprende

Experiencia 9: Aprendiendo cada día de la comunidad jiw.	33
Experiencia 10: Cerramos nuestros ojos en la tierra que vivimos para abrirlos en el nuevo amanecer.	35
Experiencia 11: Raíces que nos conectan.	38

EJE 4: Cuidar es parte de la educación inicial

Experiencia 12: Cuidar es parte de la educación inicial: vínculos, crianza y afectos en la práctica cotidiana.	41
--	----

EJE 5: Que nadie se quede atrás

Experiencia 13: Más allá de la inquietud: la forma única en la que Mario habitaba el mundo.	45
Experiencia 14: Gotas de inclusión: un viaje de amor, paciencia y aprendizaje.	50

EJE 6: Mi día empieza mucho antes

Experiencia 15: Mi día empieza mucho antes: entre fogones, caminos y amor.	53
Experiencia 16: Mi día empieza mucho antes.	56
Experiencia 17: Hola, mi querida maestra.	58
Experiencia 18: Mi día empieza antes de...	60
Experiencia 19: La dulce espera	62
Experiencia 20: Mi día empieza mucho antes	64
Experiencia 21: Un año que marcó mi corazón	68

Diario de una Maestra

Edición 1 - Mayo 2026

Hay historias que no nacen para quedarse en silencio.

Historias que habitan en una canción para arrullar, en una conversación con las familias, en las manos que acompañan un primer trazo, en la paciencia que sostiene, en la palabra que abraza y en la capacidad infinita de volver a empezar cada día por y para la infancia.

Esta primera edición de *Diario de una Maestra* nace justamente de ahí, de la necesidad de reconocer, visibilizar y dignificar el saber pedagógico que se construye cotidianamente en los territorios, en los hogares comunitarios, en las aulas, en las ruralidades, en las comunidades étnicas y en cada espacio donde una maestra o un maestro decide transformar el mundo desde el cuidado y la educación inicial.

Las voces que hoy habitan estas páginas llegan desde Córdoba, Nariño, Cesar, Caldas, Meta, Cundinamarca, Tolima, La Guajira y Huila, territorios diversos que nos recuerdan que educar en la primera infancia es también tejer comunidad, defender la vida, preservar la memoria y sembrar futuro.

Cada relato, fotografía y experiencia compartida en esta revista tiene un valor profundo, porque detrás de cada práctica pedagógica existe una apuesta ética y humana por reconocer a las niñas y los niños como sujetos de derechos, protagonistas de sus procesos y portadores de una inmensa capacidad de crear, sentir, imaginar y transformar.

Aquí no hablamos solamente de metodologías o actividades.

Hablamos de maestras y maestros que sostienen la esperanza incluso en medio de las dificultades y convierten los territorios en escenarios de aprendizaje; de comunidades que enseñan desde la cultura, el afecto y la colectividad; de personas que entienden que cuidar la infancia también es cuidar la dignidad, la identidad y la posibilidad de construir una sociedad más justa.

Diario de una Maestra es una invitación a detenernos y reconocer que en la educación inicial habita un conocimiento vivo, sensible y profundamente transformador. Un conocimiento que muchas veces no aparece en los libros, pero que se construye todos los días en la escucha, en el juego, en el vínculo, en la observación y en el amor con el que se acompaña el crecimiento de las niñas y los niños.

Que esta primera edición sea también un acto de memoria y reconocimiento para quienes, desde distintos rincones del país, hacen de la educación inicial una apuesta política por el reconocimiento, la equidad, la justicia y la transformación social.

Porque cada experiencia aquí narrada confirma algo esencial:

Educar a la primera infancia no es una tarea menor; es una labor profundamente humana capaz de transformar generaciones enteras.



EJES: Las páginas que componen esta primera edición de *Diario de una maestra* son una invitación a mirar la educación inicial desde aquello que verdaderamente la sostiene: las experiencias cotidianas, los vínculos, el cuidado, el juego, la identidad y las múltiples maneras en que maestras, maestros y agentes educativas acompañan la vida de las niñas y los niños en los territorios. Cada relato que aquí se comparte permite comprender que educar en la primera infancia no es repetir fórmulas, sino construir caminos sensibles y colectivos desde las realidades, las culturas y las necesidades de cada comunidad. En estas voces encontraremos experiencias que nos recuerdan que jugando pasan cosas profundamente importantes. Que en el juego las niñas y los niños exploran el mundo, fortalecen su autonomía, crean lenguajes, expresan emociones y construyen relaciones con los otros. También encontraremos apuestas pedagógicas que reconocen que lo que somos también se aprende: la identidad, la memoria, las tradiciones, los saberes ancestrales, las formas de nombrar el territorio y de vivir la cultura hacen parte de aquello que constituye a las infancias y les permite crecer con sentido de pertenencia, dignidad y reconocimiento de sí mismas y de sus comunidades.

Esta edición también nos habla del cuidado como un acto profundamente pedagógico y humano. Cuidar no es solamente atender necesidades básicas; es generar confianza, escuchar, abrazar, proteger y garantizar que cada niña y niño pueda crecer en entornos seguros, amorosos y respetuosos de sus derechos. Del mismo modo, estas páginas reivindican la importancia de construir una educación inicial donde nadie se quede atrás, una educación que reconozca las diferencias, valore la diversidad y haga de la inclusión una práctica real y cotidiana. Porque cuando una comunidad educativa decide abrir espacio para todas las infancias, también está apostándole a una sociedad más justa, empática y consciente.

Finalmente, estas historias también son un homenaje a quienes hacen posible la educación inicial todos los días. A las maestras, maestros y agentes educativas cuyos días empiezan mucho antes de abrir las puertas de un aula o un espacio pedagógico. A quienes planean, crean, acompañan, escuchan y sostienen procesos con compromiso, sensibilidad y esperanza incluso en medio de grandes desafíos. Por eso, más que una revista, este diario es un reconocimiento colectivo al valor de su quehacer y a la potencia transformadora de su trabajo.

Hoy les invitamos a recorrer estas páginas con el corazón abierto, a encontrarse en las experiencias de otras personas y a seguir fortaleciendo esta red de voces que cree, profundamente, que transformar la infancia es también transformar el futuro.

Eje 1
Así es como lo hacemos

Experiencia 1

Donde el corazón aprende a quedarse

Regional: Antioquia

Autora: Karen Smith Calle Villada

Cada mañana en el Centro de Desarrollo Infantil es diferente, pero hay algunas que se quedan guardadas en el corazón. Esta es una de ellas.

Recuerdo el día en que uno de nuestros participantes llegó por primera vez. Venía de la mano de su mamá, con los ojitos llenos de incertidumbre y el cuerpo aferrado a ella como si soltarla fuera perderlo todo. Su llanto no era solo por quedarse en un lugar nuevo, era el reflejo de un cambio grande en su vida.

Como agente educativa, he aprendido que estos momentos no se tratan de apurar, ni de obligar, sino de acompañar con respeto, con paciencia y con mucho amor. Entender que cada participante tiene su propio ritmo, su propia historia y su manera de sentir el mundo, hace que nuestro rol vaya mucho más allá de enseñar.

Ese día no le pedí que se integrara de inmediato, ni que dejara de llorar. Me acerqué despacio, me puse a su altura y, con una voz suave, le ofrecí un juguete.

No lo recibí, pero tampoco se alejó. Ese pequeño gesto ya decía mucho. Decidí respetar su tiempo.

Mientras los demás participantes jugaban, cantaban y exploraban, yo permanecía atenta a él. A veces solo observaba, otras veces me acercaba con una canción, con un cuento o con un objeto que pudiera llamar su atención. Poco a poco, su llanto fue bajando, su mirada empezó a recorrer el espacio, y su cuerpo, aunque aún inseguro, ya no estaba tan tenso.

En medio de ese proceso, comprendí que acompañar también implica buscar estrategias con intención. Por eso, comencé a brindarle seguridad a través de pequeños actos: le hablaba con dulzura, le explicaba lo que estaba ocurriendo, le recordaba que su mamá regresaría, le ofrecía mi compañía sin invadir su espacio. Cada acción estaba pensada para que se sintiera cuidado, respetado e incluido.

Hubo un momento muy especial que nunca voy a olvidar. Un día, en medio

del juego de los demás, él se acercó lentamente. No dijo nada, solo tomó un objeto y se sentó cerca. Fue un paso pequeño, pero lleno de significado. Era su forma de decir «aquí empiezo a sentirme un poco mejor».

Desde ahí, todo empezó a transformarse.

Los días siguientes fueron distintos. Ya no lloraba con la misma intensidad, comenzaba a explorar, a mirar a sus compañeros, a interesarse por las actividades. Empezó a sonreír tímidamente, a participar en los juegos, a dejarse acompañar. Poco a poco, también empezó a integrarse en las pequeñas dinámicas del día a día. Se acercaba cuando organizábamos los materiales, observaba cómo sus compañeros participaban y, en algunos momentos, intentaba hacerlo a su manera. Estos espacios, aunque sencillos, también hacían parte de su proceso, porque le permitían sentirse incluido, reconocido y capaz dentro del grupo.

Y yo seguía ahí, observando, comprendiendo, ajustando mis estrategias, creando nuevas formas de acercarme, siempre desde el respeto por su proceso. Porque ser agente educativa no es solo enseñar o cuidar, es leer lo que a veces no se dice con palabras, es reconocer emociones, es entender contextos, es brindar oportunidades para que cada participante pueda sentirse parte, sin importar cómo llegue o lo que esté vi- viendo.

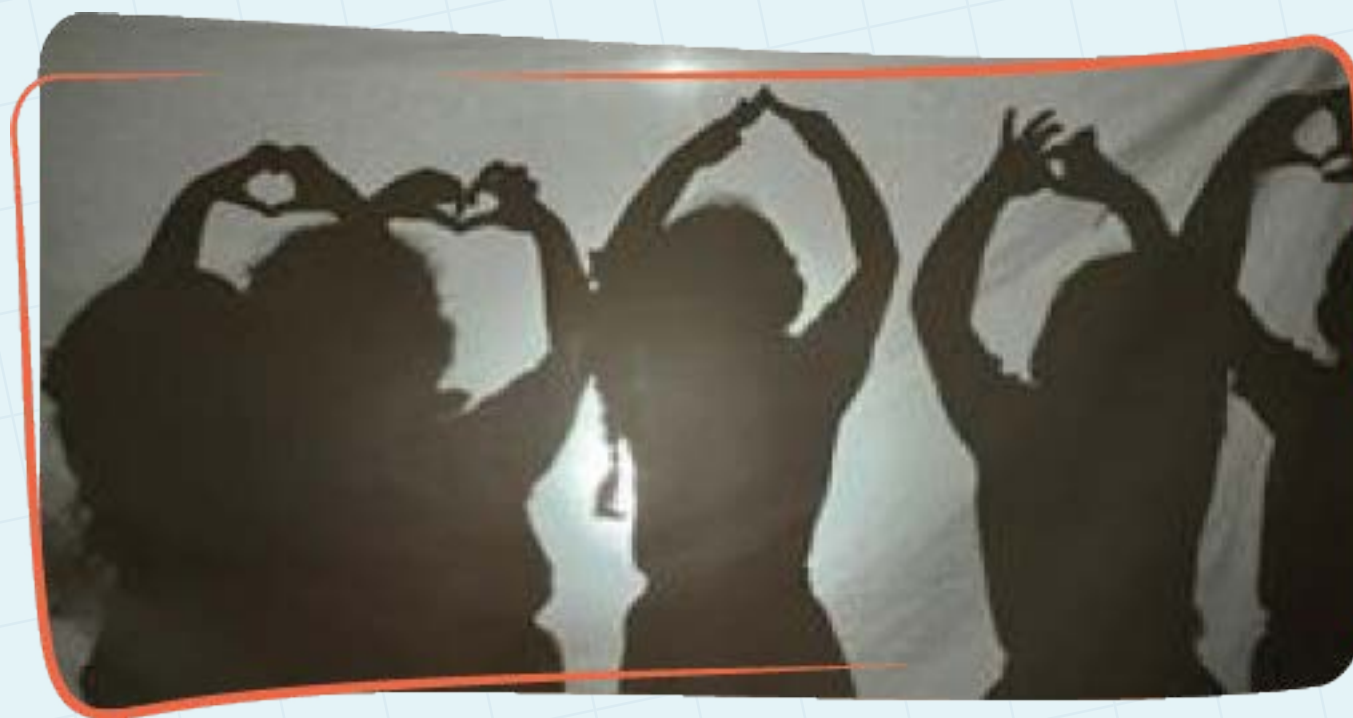
También fue un proceso que involucró a su familia. Conversar con su mamá, escucharla, brindarle tranquilidad y confianza, hizo parte fundamental de este acompañamiento. Porque cuando trabajamos con la primera infancia, también estamos tejiendo relaciones con las familias, construyendo juntos caminos de cuidado y bienestar.

Con el tiempo, ese mismo participante que un día llegó con miedo, empezó a entrar con más seguridad. Su mirada cambió, su cuerpo se soltó, su voz comenzó a aparecer. Ya no era solo el niño que lloraba al despedirse, ahora era un participante que jugaba, que exploraba, que compartía y que hacía parte del grupo.

Y ahí entendí algo muy importante: que a veces, los aprendizajes más grandes no se ven en una hoja, ni en un resultado inmediato. Se ven en una sonrisa que aparece después del llanto, en una mano que ya no aprieta con miedo, en un paso pequeño que se convierte en un gran logro.

Esta experiencia no solo transformó su proceso, también fortaleció el mío. Me recordó que educar en la primera infancia es un acto profundamente humano, donde el amor, la paciencia, la inclusión, el respeto, la empatía y la sensibilidad son la base de todo.

Porque al final, más allá de enseñar y acompañar, lo que realmente hacemos es crear lugares donde los participantes se sientan seguros para ser, para sentir, para expresarse y para quedarse.



Experiencia 2

Mi sombra contó un cuento: cuando imaginar nos hace visibles

Regional: Cesar

Autora: Nancy Molina Rios

En el marco del tema: juego, imagino y represento, nació una experiencia que transformó el aula en un escenario de luz, cuerpo e imaginación: mi sombra conto un cuento.

Todo inició con una pregunta sencilla: ¿Qué puede hacer tu sombra? Inmediatamente, la curiosidad trascendió su imaginación.

En un espacio iluminado, las niñas y los niños empezaron a descubrir que su cuerpo no solo se mueve, también cuenta historias.

La niña María José fue la primera en atreverse. Levantó sus manos frente a la luz, y al ver su sombra proyectada, dijo con seguridad: «soy un pájaro» moviendo sus dedos

suavemente, y, al notar cómo su sombra respondía sonrió y afirmó «estoy volando». En ese instante, el aula dejó de ser aula y se convirtió en cielo.

Luciana, dio un paso al frente, abrió sus brazos con amplitud y expresó: «soy una mariposa muy gigante y soy

libre». Su cuerpo comenzó a moverse con delicadeza llenando el espacio de libertad.

No solo jugaba, estaba sintiendo lo que decía.

Por su parte, la niña Aitanna se ubicó en el centro y con firmeza dijo: «yo soy el sol que alumbra el día». Su sombra se expandía mientras hablaba, como si siempre iluminara todo a su alrededor.

Imarai, juntó sus manos y creando pequeñas formas brillantes, dijo que eran estrellas titilando en la noche».

Mientras, Luis Ángel encontró en el movimiento una forma de expresión distinta: ¡movió sus pies y su cuerpo! y dijo que era «el viento que hace volar todo». Su sombra no tenía forma fija, pero su intención era movimiento, era energía. Entonces, precisamente, ocurrió uno de los momentos más significativos de la experiencia.

Por otro lado, Santiago Camacho, quien usualmente participa poco en las actividades y, además, se expresa con pocas palabras, se acercó despacio, observó su sombra, infló su pecho, y casi en un susurro dijo: «soy un león» y rugió. El silencio duró un segundo, luego, todo el grupo rugió con él. Ese instante, no fue solo un juego, fue reconocimiento, fue confianza y fue voz.

Durante la experiencia, cada niña y niño encontró en su sombra una forma de ser, de decir, de imaginar. No hubo respuestas correctas o incorrectas, solo posibilidades. El juego permitió que expresaran emociones, que se conectaran con sus ideas y que compartieran con otros desde la alegría y el asombro.

Finalmente, mi rol como agente educativo, fue estar presente con atención y sensibilidad: observar, acompañar y provocar el pensamiento sin dirigirlo. A través de preguntas sencillas, abrí caminos para que ellos mismos construyeran sus historias.

Esta experiencia me deja una reflexión profunda: cuando el juego es libre y significativo, las niñas y los niños no solo participan. Se revelan incluso aquellos que parecen más silenciosos encuentran su momento, su forma y su voz.

«Mi sombra contó un cuento» fue un encuentro con la imaginación, con el cuerpo y con la posibilidad de ser otros sin dejar de ser ellos mismos.

Este día entendí que cuando una niña o un niño juega se divierte, se reconoce, se nombra y se hace visible. En cada sombra había una historia, una emoción y una voz esperando ser escuchada.



Mi rol como coordinadora

Regional: Caldas

Autora: Sandra Milena Ramírez Mantilla

Ejerciendo el rol de Coordinadora de la Unidad de Servicio, he vivido experiencias que me han fortalecido desde mi ser para poder cumplir en el hacer.

Venía de coordinar otra unidad de servicio siete años, llevo en esta aproximadamente 4 meses y a pesar de que trabajamos con los mismos lineamientos, manuales y guías, estipuladas por el Bienestar Familiar, el quehacer en un Centro de desarrollo Infantil se hace diferente, dependiendo del contexto en el que se desenvuelva (territorial, social, cultural); es por esto que mi experiencia actualmente se nutre en la medida que las vivencias y prácticas se generan de manera particular, con las niñas y los niños, con madres y padres de familia /o acudientes, con el talento humano de la unidad de servicio, sin desconocer que existan unas dinámicas relacionales pre existentes que llegan a incidir notoriamente en las situaciones o momentos que me encuentre viviendo.

No se trata solo de liderar un equipo de trabajo frente al cumplimiento de las funciones, también se debe apuntar a fortalecer las relaciones interpersonales mínimamente en el respeto a sí mismo y al otro, buscando un equilibrio que permita laborar de una manera acertada, logrando coherencia entre el discurso y la práctica, igualmente las madres y padres de familia o acudientes son personajes principales en esta historia, debo estar disponible a atender sus inquietudes, sugerencias y demás peticiones que tengan, tanto ellos como nosotros buscamos la mejora continua en la prestación del servicio y por último la atención a las niñas y los niños se visibiliza de una manera latente y permanente donde diariamente estamos buscando alternativas y soluciones a las dificultades y/o vulneraciones que presenten en su desarrollo integral.

La cotidianidad en el Centro de desarrollo infantil, desde la coordinación, se vive entorno a:

- Inicio de la jornada a través de una corta reunión con el Talento Humano, donde se exponen las expectativas, tareas del día, como un saludo de Bienvenida a la jornada.



- Recibimiento de las niñas y los niños a la Unidad de Servicio, en las puertas de ingreso.
- Atención a correos, informes, reuniones.
- Escucha activa a niñas, niños, madres y padres de familia, talento humano, Bienestar Familiar, Entidad Administradora de Servicios (EAS).

Durante este período el equipo interdisciplinario de la Unidad de servicio ha logrado realizar seguimientos a diferentes casos de las niñas y los niños, logrando identificar situaciones que afectan su desarrollo integral, siendo significativo el resultado al identificar diferentes variables que pueden fortalecer el proceso de desarrollo de las niñas y los niños, esto no se haría sin el apoyo de las familias.

Me cuestiono permanentemente sobre mi rol: ¿seré líder o jefa?, si mi discurso es coherente con mi quehacer... pero al final del día encuentro la satisfacción del deber cumplido en las sonrisas de los niños y niñas, en los saludos a través de abrazos sinceros o saludos en las calles como el de Geraldine (3 años): «Hola Profe, saliéndose de una cafetería para regalarme también un abrazo y enseñarme el vestido y gabán que tenía ese día y la sonrisa que siempre lleva» O Lauren (4 años) quien siempre que voy a su aula me dice con una sonrisa: «Hola Coordinadora.» Estas manifestaciones de afecto, gratitud, cariño, me llenan de satisfacción permanentemente mostrándome que la vida me tiene en el lugar correcto viviendo experiencias con seres mágicos.

Eje 2

Jugando pasan cosas importantes

Experiencia 4

Cuando el cuerpo se descubre jugando

Regional: Caldas

Autora: Claudia Patricia Carmona Buriticá
Prejardín A - Centro de Desarrollo Infantil Piolín

Era una mañana llena de curiosidad y asombro. Sobre la mesa había bolsas, pitillos, botellas y otros materiales reciclables que, aunque sencillos, guardaban una gran posibilidad: descubrir lo que sucede dentro de nuestro cuerpo. La invitación fue a jugar a explorar el corazón y los pulmones.

Las niñas y los niños se acercaron con entusiasmo. Tocaban, observaban y preguntaban. Comenzamos construyendo unos pulmones con bolsas y pitillos. A medida que soplaban, veían cómo las bolsas se inflaban y desinflaban, y sus rostros se llenaban de sorpresa. Algunos repetían la acción una y otra vez, otros llamaban a sus compañeros para mostrarles lo que habían logrado. En ese momento, el juego se convirtió en exploración: estaban viendo, sintiendo y comprendiendo la respiración a su manera.

Luego, la experiencia tomó otro rumbo igual de significativo. En parejas, se dispusieron a escuchar el corazón de sus compañeros. Con atención

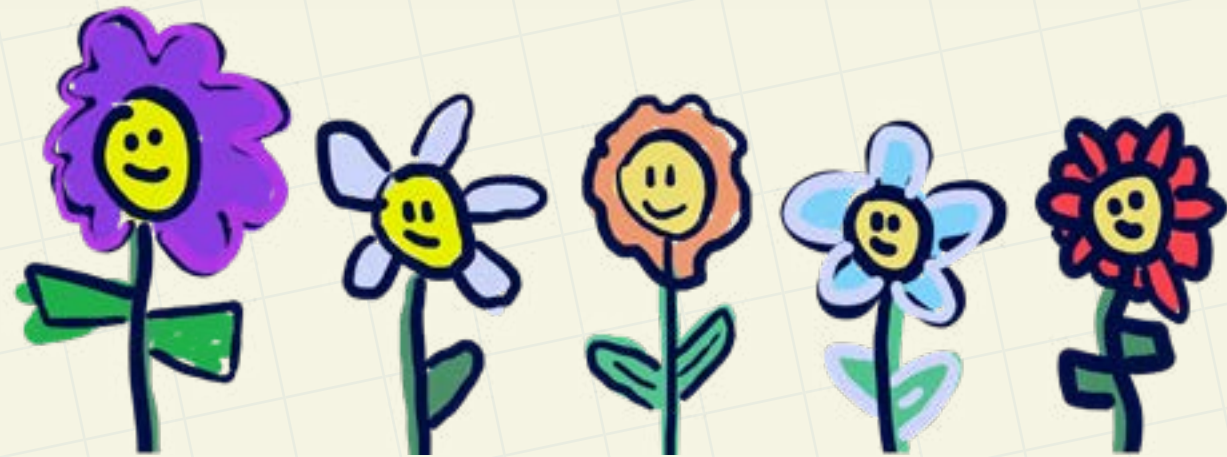
y curiosidad, acercaban su oído al pecho del otro. Aparecieron risas, silencios concentrados y expresiones de sorpresa: «late rápido», «yo también quiero escuchar». Allí, el cuerpo dejó de ser una idea lejana para convertirse en una experiencia viva y compartida.

Mi rol durante toda la actividad fue acompañar con intención y sensibilidad. Propuse preguntas, animé la exploración y di espacio para que cada niño y niña descubriera a su propio ritmo. Más que explicar, me enfoqué en escuchar, observar y darle valor a lo que iba emergiendo en el juego.

Para cerrar, el juego de roles permitió que todo cobrara aún más sentido. Se transformaron en médicos y pacientes: revisaban, escuchaban, cuidaban y conversaban. En ese momento, no solo estaban jugando, estaban apropiándose de lo vivido, recreándolo y dándole significado desde su experiencia.

Al final, comprendí que cuando el juego guía el aprendizaje, pasan cosas

profundamente importantes. Las niñas y los niños no solo conocieron el corazón y los pulmones, sino que desarrollaron su curiosidad, su capacidad de observar y su forma de relacionarse con otros. Ese día confirmé que el juego, el arte de explorar y la posibilidad de sentir con el cuerpo son caminos reales y poderosos para aprender.



Jugando pasan cosas importantes: cuando las manos que cuidan vuelven a jugar

Regional: Nariño

**Autoras: Madres comunitarias
Centro Zonal Barbacoas**



El juego no siempre empieza en la infancia...

En Barbacoas, Nariño, el juego no siempre empieza en la infancia... a veces, vuelve.

Vuelve en las manos de las madres comunitarias, en sus pasos que dudan y luego se sueltan, en sus risas que al principio son tímidas y después se vuelven río.

Una experiencia de vida compartida.

Ese día, el juego no fue para enseñar.

Fue para recordar.

Porque antes de acompañar a otros a jugar, ellas también fueron niñas.

También corrieron descalzas, también cantaron rondas, también hicieron del suelo un universo.

Ese día, el juego no fue para enseñar.

Fue para recordar.

Y entonces comenzó.

Jugando pasan cosas importantes... ayudando a las demás porque el recuerdo también juega.

El juego es experiencia viva.

Eran niñas otra vez.

Había algo que despertaba... Alguien dibujó el pachacajón sobre la tierra, y una de ellas miró en silencio, como si en esos cuadros estuviera guardada su historia.

Algo que estaba dormido y volvía a latir.

Y comprendieron algo esencial: que el juego no divide... el juego une.

Una mujer adulta puede reencontrarse con la niña que fue, y desde allí, volver a acompañar con más sentido.

Y cuando ellas juegan, no solo enseñan, encienden la vida en cada familia.

Siembran experiencias que florecen en la vida.

Despiertan la vida que habita en cada encuentro.

Tejen vínculos que transforman la vida.

El juego se vive, activa la historia, honra el territorio, y siembra futuro.

Experiencia 6

Juegos de ayer y hoy

Regional: Nariño

**Autora: Ana Isabel Chamorro
Ipiates, Nariño**

En el marco de la celebración de la niñez, implementamos la estrategia «Juego de ayer y de hoy», una propuesta diseñada para posicionar el juego tradicional como eje del desarrollo integral. El objetivo central fue promover la exploración y el disfrute como herramientas para fortalecer la identidad cultural, las habilidades físicas y la convivencia. Al integrar el diseño de juguetes con materiales reutilizados, logramos vincular activamente a las familias, transformando el acto de jugar en un puente generacional que une el pasado con el presente y fomenta, simultáneamente, el cuidado del medio ambiente.

La jornada cobró vida en el Centro de Desarrollo Infantil a través de una ambientación intencionada que transformó las instalaciones en un circuito de exploración viva. Organizamos rincones estéticos y estaciones cargadas de historia visual, utilizando materiales reciclados que evocaban nuestras tradiciones más queridas. Esta atmósfera no solo capturó la curiosidad natural de las niñas y niños desde el primer momento, sino que permitió que el aula se extendiera hasta el hogar mediante el «juguete eco-creativo» elaborado previamente en casa. De esta manera, el aprendizaje se convirtió en una experiencia compartida que sembró conciencia ambiental desde el afecto y el trabajo en equipo.

Como maestra, viví de cerca cómo los participantes se convirtieron en los verdaderos dueños de su aprendizaje a través de la ruta «El Camino del Explorador».

Todo comenzó con un «Diálogo de Saberes» donde, entre risas y la ronda de «A la rueda rueda», manos curiosas descubrieron trompos de madera, yoyos y cuerdas de fique. Fue emocionante observar cómo estos objetos conectaban las historias de sus abuelos con sus propios saberes previos. Con total autonomía, transitaban por estaciones donde desafiaron sus límites físicos en la rayuela y las carreras de encostados.

Un momento estelar fue la «Feria de Inventos», donde cada niño expuso con orgullo el juguete fabricado en familia. Allí compartieron texturas y colores, sintiendo la satisfacción del logro alcanzado. Al caer la tarde, nos reunimos en un círculo de cierre para escuchar sus voces; relatos espontáneos sobre lo divertido de caerse en un costal transformaron las emociones en lazos de amistad. En este proceso, mi labor fue la de una mediadora: diseñé el contexto, observé con intención y brindé la seguridad emocional necesaria para que se sintieran valientes al intentar algo nuevo. Esta experiencia confirmó que el juego es el lenguaje universal de la infancia: Ver sus avances en equilibrio, coordinación y resolución de conflictos me recordó que el aprendizaje ocurre de forma natural cuando el arte y la tradición se entrelazan. Al final, lo que queda grabado en el alma no es solo la técnica de un juego, sino la luz en sus ojos al descubrirse capaces y la alegría compartida que nos une como comunidad. Tenemos la certeza de que, mientras un niño juega, el hilo de nuestra historia seguirá vivo, transformando cada pequeña risa en la esperanza de un futuro más humano, creativo y lleno de afecto.



Saltos de cartón y vuelos de costal

Regional: Nariño

**Autora: Ana Patricia Canchala Tapia
Ipiales, Nariño**

El sol de la mañana se filtraba por las ventanas del Centro de Desarrollo Infantil, iluminando el bullicio silencioso de quienes preparamos el escenario para el encuentro. Era día de formación a familias, uno de esos momentos donde las paredes de nuestra institución se abren para recibir no solo a los adultos, sino a sus historias, sus cansancios y sus esperanzas. Mi misión esa mañana era clara, pero no por ello sencilla: ambientar los espacios de juego, arte y literatura para socializar el proyecto pedagógico que hemos venido construyendo con tanto mimo.

Me encontraba de rodillas en el piso, concentrada en el trazo de líneas que, para un ojo desprevenido, serían solo geometría, pero que para el alma infantil son un portal; con cinta y colores, estaba dando vida a una rayuela. En mi territorio, este juego es memoria viva de las calles, es el eco de los saltos de nuestros abuelos, pero a veces, en la prisa de la modernidad y el cemento, parece quedar en el olvido.

Mientras terminaba de marcar el número siete, sentí una presencia pequeña a mi lado... era uno de mis niños, quien, con esa curiosidad que solo poseen los que están descubriendo el mundo, me miraba con la cabeza ladeada.

—«¿Qué haces, profe? ¿Qué es esto que colocaste en el piso?» — me preguntó,

señalando con su dedo índice los cuadros recién nacidos.

Me detuve, lo miré a los ojos y le respondí con la calidez que el momento ameritaba:

—«Es un juego que se llama rayuela, mi cielo. ¿Alguna vez has jugado esto con tu papá o con tu mamá?».

El silencio que siguió a mi pregunta fue revelador. El niño negó con la cabeza, con un rastro de asombro y una pizca de nostalgia por algo que aún no conocía.

—«No, yo no conozco este juego» — susurró —. «Profe... ¿tú puedes enseñarle a mi papá y a mi mamá para que ellos jueguen conmigo en la casa?».

Esa frase se quedó vibrando en el aire. En ese instante, la rayuela dejó de ser una estrategia de ambientación para convertirse en una demanda de amor. El niño no pedía solo aprender las reglas de un juego; estaba pidiendo un puente de conexión con sus padres. Estaba pidiendo que el Centro de Desarrollo Infantil fuera el traductor de un lenguaje que, por diversas razones, se había dejado de hablar en su hogar: el lenguaje del tiempo compartido a través del juego.

Pero su curiosidad no se agotó allí, sus ojos se desviaron hacia un rincón donde reposaban unos costales de papas, rústicos y de color tierra, que yo había rescatado del mercado local para la actividad de motricidad gruesa.

—«¿Y estos costales de papas para qué son?» — preguntó de nuevo, frunciendo el ceño —. «¿También son para jugar? ¿Y cómo van a jugar con esos costales?».

Sonreí al ver cómo un objeto tan cotidiano de nuestro territorio, asociado al trabajo pesado y al comercio, cobraba una nueva dimensión ante sus ojos. Le expliqué que esos costales no solo cargaban comida, sino que mañana cargarían risas, cuando

sus madres y padres se metieran en ellos para saltar como canguros.



En ese diálogo espontáneo, comprendí la esencia de nuestra labor en la educación inicial.

Mi territorio no es solo el mapa geográfico donde está el Centro de Desarrollo Infantil; mi territorio es la memoria lúdica que rescatamos. Jugar con costales y dibujar rayuelas es un acto de resistencia cultural. Es decirles a las familias que para ser felices no necesitamos juguetes sofisticados de plástico, sino el suelo que pisamos y los materiales que nuestra propia tierra nos provee.

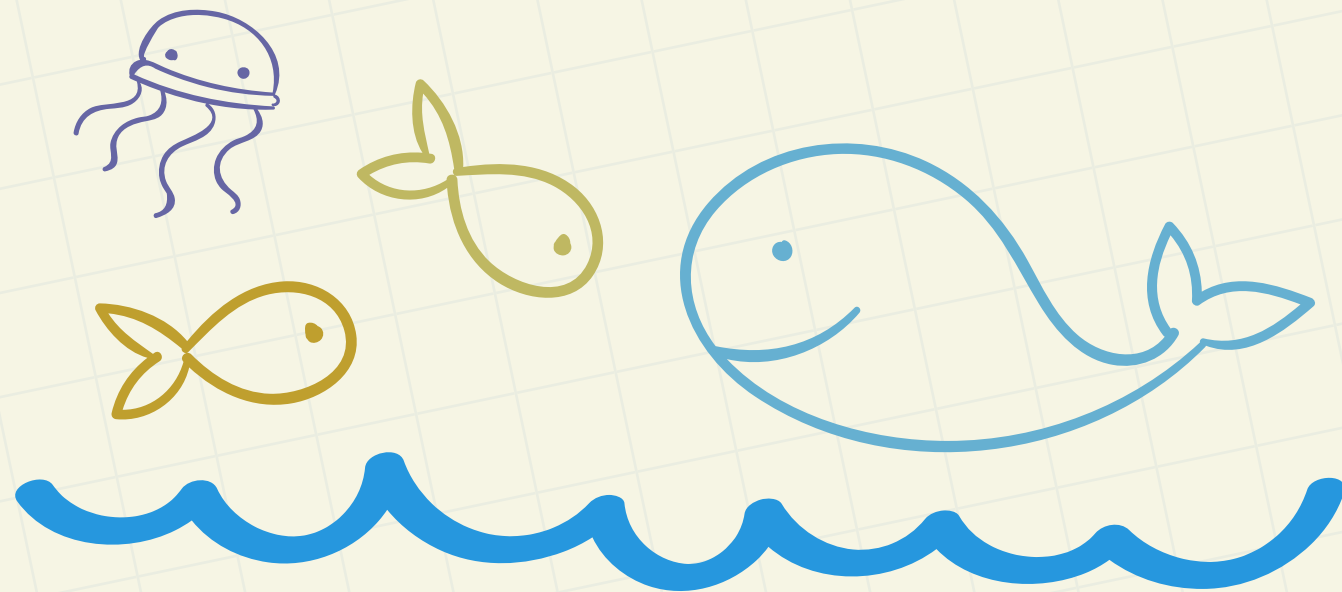
Le prometí al niño que así sería:

—«Claro que sí. Mañana vamos a jugar contigo aquí en el Centro de Desarrollo Infantil y, además, les vamos a enviar una «tarea» muy especial a tus padres: la tarea de volver a ser niñas y niños para que jueguen estos mismos juegos contigo en casa».

Esa tarde, mientras terminaba de organizar el rincón de literatura con cuentos que hablaban de nuestra región, supe que la socialización del proyecto sería un éxito.

No por la estética del lugar, sino porque habíamos logrado tocar la fibra más sensible de la atención integral: la corresponsabilidad. Cuando una maestra de primera infancia recupera un juego tradicional, no solo está cumpliendo con un indicador pedagógico; está devolviéndole a un niño el derecho de ver a sus padres sonreír y jugar.

Mañana, los costales de papas dejarán de ser carga para ser vuelo, y la rayuela será el camino de regreso a una infancia compartida. Porque en este diario de maestra, cada trazo en el piso es una semilla de unión familiar que sembramos con la esperanza de que florezca en cada hogar de nuestro territorio.



Cuando imaginar es aprender: el teatro que nace desde la infancia

Regional: La Guajira

Autora: Elena Beatriz Beltrán Araújo - Madre comunitaria Maicao, La Guajira

En el Hogar Comunitario de Bienestar Taya sukujuin na kashiiankay (Mis Travesuras), ubicado en la comunidad La Flor de la Guajira, el juego y el arte se convierten en herramientas poderosas para el aprendizaje.

Un día, decidimos recrear el cuento de Tjintutka numa waaliit (La niña y el zorro) pero no como una historia contada por adultos, sino como una experiencia vivida por Tu tepichikaliirruaa (los niños y niñas).

Se organizó un espacio dentro del hogar comunitario para representar sus vivencias. Con elementos sencillos disponibles en el Hogar Comunitario de Bienestar (HCB) se crearon vestuarios improvisados con mucha imaginación donde Tu tepichikaliirruaa (las niñas y los niños) asumieron los personajes del cuento.

La historia se fue construyendo a medida que ellos y ellas actuaban, hablaban y se movían de manera autónoma en el escenario dándole vida a su personaje

Tu tepichikaliirruaa (las niñas y los niños) fueron los verdaderos protagonistas. Algunos interpretaron personajes como T Jintuu (la niña), portando su kialaaja (tiara) como parte del vestuario y llevando una canasta para recoger yosu (iguarayas), junto al personaje del waliit (zorro). Mientras tanto, otros observaban atentos y disfrutaban cada momento.

Se evidenció cómo se adentraban en la historia, utilizaban su imaginación, expresaban emociones y recreaban situaciones desde su propia comprensión.

Quienes estaban sentados como público también participaban: reaccionaban, reían, se sorprendían y seguían el desarrollo de la historia con atención.

Mi papel fue acompañar desde un lugar silencioso, pero con observación y escucha intencionada, detrás de la escena, contribuyendo a la organización del espacio, facilitando los materiales y motivando la participación.



Promoví la independencia para que las niñas y los niños fueran quienes dirigieran la experiencia, respetando sus ideas, sus tiempos y su forma de recrear la historia, dándoles la oportunidad de vivenciarlo.

El entorno del hogar comunitario se transforma en escenario pedagógico siendo un lugar de encuentro donde el juego cobra sentido.

En esta comunidad, los espacios tradicionales están llenos de vida, color y creatividad, encontrando en el entorno los recursos naturales necesarios para generar aprendizajes significativos.

Esta experiencia me permitió reafirmar que el sentido del juego simbólico y el arte son fundamentales en la educación inicial. Tu tepichikaliirruaa (las niñas y los niños) representaron, imaginaron y se divirtieron creando ambientes de paz, amor y confianza, desarrollando su lenguaje, fortaleciendo su seguridad y construyendo su forma de entender el mundo.

Siendo testigo de cómo se apropian de una historia y la transforman en algo propio, se confirma que aprender también es imaginar.

Porque en la infancia, cuando se juega, pasan cosas realmente importantes.

Eje 3

Lo que somos también se aprende

Experiencia 9

Aprendiendo cada día de la comunidad jiw

Regional: Meta

**Autora: Paola Andrea Zárate - Agente educativa
Puerto Concordia, Meta**

En la comunidad he aprendido que educar a los niños y las niñas también es enseñarles de dónde vienen, quiénes son y todo lo valioso que tiene su cultura. Desde pequeños observan cómo sus padres salen a pescar, trabajan la tierra, elaboran artesanías realizan diferentes actividades propias de su territorio.

Como agente educativa, en cada encuentro busco que las experiencias pedagógicas estén conectadas con esas vivencias diarias, para que los niños y las niñas aprendan mientras juegan, exploran y participan en actividades relacionadas con sus raíces.

En la comunidad se elaboran bolsos y artesanías tradicionales confeccionados con fibra de palma de cumare, decorados con pinturas tradicionales.

Se realizan bolsos, manillas, collares, aretes, pulseras, y otros accesorios artesanales elaborados con palma, los cuales representan los saberes tradicionales.

Además, elaboran utensilios para la vida diaria como bandejas, canastos y recipientes de almacenamiento.

Los niños acompañan y apoyan a los adultos en la preparación de sus comidas tradicionales fortaleciendo así el aprendizaje desde la práctica y la transmisión de saberes ancestrales.

Con ayuda del sabedor cultural se realiza actividades propia de su cultura como lo son la imitación de la pesca.

Las familias acompañan a los niños en actividades culturales de la comunidad, fortaleciendo sus tradiciones y promoviendo el aprendizaje de su identidad desde temprana edad.

Dentro de estas actividades tradicionales esta la creación de trajes típicos y coronas realizadas con hojas de palma.

Asimismo, se realizan actividades que disfrutan los niños y las niñas, como experiencias sensoriales con pintura.

Al vivir cada día experiencias diferentes siento que cuando las niñas y los niños

aprenden desde su territorio, desde lo que ven en casa y desde las enseñanzas de sus mayores. Ver a las familias, sabedores y comunidad compartir sus saberes llena de vida cada encuentro y hace que las tradiciones sigan caminando en los pasos de los más pequeños. Como agente educativa, me emociona saber que al fortalecer su identidad también sembramos orgullo, amor por sus raíces y respeto por la diversidad que nos hace únicos.



Experiencia 10

Cerramos nuestros ojos en la tierra que vivimos para abrirlos en el nuevo amanecer

Regional: Nariño

Autora: Elizabeth Villareal

El territorio y la vida de la comunidad indígena

En nuestra unidad de atención, ubicada en una zona rural donde la tierra marca el ritmo de la vida, los niños y las niñas crecen rodeados de montañas, cultivos y caminos que guardan historias. Aquí, las familias indígenas enseñan desde el ejemplo: sembrando, cuidando animales, preparando los alimentos y compartiendo saberes que han pasado de generación en generación.

En este contexto, el programa de atención a la primera infancia se convierte en un espacio donde la educación se entrelaza con la vida cotidiana. nosotras agentes educativas acompañamos a los niños y niñas a reconocer la riqueza del territorio, promoviendo experiencias que nacen desde lo propio, desde lo que se vive en casa y en comunidad.

Así, aprender no es solo una actividad del aula, sino una vivencia que se construye entre todos.

La vida en los hogares: saberes y prácticas

En los hogares indígenas, el aprendizaje comienza desde muy temprano. Las niñas y los niños participan en actividades diarias como acompañar a sus padres a la huerta, recoger alimentos, alimentar animales o ayudar en la cocina. Estas prácticas no solo les enseñan habilidades, sino también valores como la responsabilidad, el respeto por la naturaleza y el trabajo en equipo.

Las abuelas y los abuelos cumplen un papel fundamental en la transmisión de saberes. A través de relatos, consejos y enseñanzas, comparten conocimientos sobre los tiempos de siembra, el uso de plantas, las formas de cuidar la tierra y la importancia de vivir en armonía con el entorno. En cada hogar se tejen historias que fortalecen la identidad campesina y el sentido de pertenencia.

Estas experiencias cotidianas llegan a la unidad de atención, donde se convierten en oportunidades pedagógicas. Los niños comparten lo que viven en sus casas, enriqueciendo el aprendizaje colectivo y reconociendo que cada familia aporta saberes valiosos

El cabildito infantil: una experiencia significativa

En medio de este contexto, surge el cabildito infantil como una experiencia significativa que fortalece la participación de los niños y niñas. Más que una actividad, es un espacio donde ellos pueden expresar sus ideas, tomar decisiones y sentirse parte activa de su comunidad. La elección del cabildito infantil se vive como un momento especial. A través de dinámicas sencillas y acordes a su edad, las niñas y los niños participan en la elección de sus representantes, comprendiendo el valor de la palabra, el respeto por el otro y la importancia de escuchar diferentes opiniones. Este proceso es acompañado por las agentes educativas, quienes orientan desde el respeto y la participación, y por las familias, que apoyan y motivan a sus hijos.

Durante los encuentros del cabildito, los niños proponen ideas, comparten lo que les gusta y lo que quisieran mejorar en su entorno. También se generan espacios donde se retoman prácticas culturales, como el trabajo colectivo, el diálogo y la toma de decisiones en comunidad. Así, el cabildito infantil se convierte en un reflejo de las formas organizativas propias del territorio, adaptadas a la infancia.

Voces de las maestras

Desde nuestro rol como líderes activas del cabildo indígena, en nuestra comunidad vemos que el trabajo pedagógico que desarrollamos diariamente con las familias de nuestra comunidad nos llena de satisfacción, sintiendo que nuestras raíces culturales se ven reflejadas y multiplicadas pedagógicamente en estas experiencias que involucran los saberes propios con nuestros niños, niñas y familias.

Como agentes educativas pertenecientes al cabildo, cumplimos un rol fundamental como mediadoras, reconociendo nuestros saberes del territorio, puesto que nuestra labor no se limita a enseñar, sino que también consiste en escuchar, orientar y construir junto a la comunidad. De esta manera, se teje un trabajo colectivo donde todos aportan: los niños, las familias y nosotras, fortaleciendo un proceso educativo que nace desde el territorio.

Identidad, territorio y diversidad

Al integrar los saberes del territorio, las prácticas culturales y la participación comunitaria, se fortalece la identidad campesina y el respeto por la diversidad. Los niños aprenden a valorar su entorno, a cuidar la naturaleza y a reconocer la importancia de trabajar juntos.

Promover estos espacios es fundamental para mantener vivas las tradiciones y para que las nuevas generaciones crezcan con un sentido de pertenencia y orgullo por su cultura. Así, el territorio se convierte en un aula viva, donde cada experiencia deja una huella en la construcción de la identidad.

Raíces que nos conectan

Regional: La Guajira

Autora: Johanna Leniceth Iguaran Epiayu – Madre comunitaria Maicao, La Guajira

Una experiencia donde el juego, la cultura y la memoria viva fortalecen nuestra identidad desde la primera infancia.

En el hogar comunitario de Bienestar (HCB) Rayito de Sol conmemoramos el Día de los Pueblos Indígenas a través de experiencias significativas que nos conectan con nuestras raíces wayuu.

A través del juego, la exploración y el diálogo, los niños y niñas recrearon prácticas ancestrales: elaboramos wayunkerras con tierra, preparamos «medicina tradicional» con plantas del entorno y jugamos a juegos tradicionales al aire libre.

Los niños y las niñas participaron activamente en cada momento: recolectaron hojas y ramas, mezclaron tierra y agua para hacer sus wayunkerras, imaginaron recetas de medicina tradicional y jugaron en grupo, respetando turnos, escuchando y compartiendo saberes.

Se mostraron curiosos, felices y orgullosos de nuestra cultura. A través del juego, expresaron lo que conocen compartiendo con su familia y lo que han visto en su rancharía.

Mi papel fue acompañar, observar y motivar.

Propuse las experiencias, pero dejé que los niños y las niñas fueran los protagonistas. Escuché sus ideas y valoré cada aporte. También cuidé que el ambiente fuera seguro, respetuoso y lleno de afecto.

Mi intención fue que esta jornada fuera una experiencia pedagógica enriquecedora donde la identidad y la autonomía cobran sentido en el fortalecimiento cultural, familiar y comunitario.

Laguna de Oxidación es una comunidad wayuu donde la tierra, el sol, el viento y las plantas hacen parte de la vida diaria. Aquí, los saberes se transmiten en familia, de generación en generación, en el territorio y en nuestra lengua.

Allí aprendimos que nuestras costumbres también educan.

Que cuando los niños y las niñas se reconocen en su cultura, se sienten seguros, valiosos y felices.

También aprendimos que los saberes ancestrales siguen vivos cuando los compartimos y los celebramos juntos.

Esta experiencia me recordó que educar en la primera infancia es también sembrar identidad, amor por la tierra y respeto por quienes somos.

Como madre comunitaria wayuu, me siento orgullosa de ver en los ojos de los niños y las niñas el brillo de nuestras raíces.

Seguiré promoviendo ambientes seguros y espacios donde nuestra cultura sea protagonista, porque lo que somos, también se aprende.



Eje 4

Cuidar es parte de la educación inicial

Experiencia 12

Cuidar es parte de la educación inicial: vínculos, crianza y afectos en la práctica cotidiana

Regional: Caldas

Autora: Liliana María Rodríguez García
Centro de Desarrollo Infantil Piolín - Riosucio, Caldas

Hoy quiero compartirle lindas experiencias que he vivido con las niñas y los niños menores de dos años a través de mi labor como docentes en sala cuna por más de 10 años, en los que se han creado conexiones emocionales con estos pequeños, brindándoles mucho afecto, cariño, seguridad y protección haciéndolos sentir importantes y valiosos generando en ellos confianza y gusto por relacionarse con otras personas.

Pienso que el vínculo afectivo más importante en los primeros años de vida es el de la madre con su hijo por esta razón dentro de mi labor he promovido la lactancia materna en las familias de las niñas y los niños como alimento importante que contribuye a un sano crecimiento de los bebés ya que es el contacto más fuerte en los primeros meses de las niñas y los niños, donde además se genera calma e instinto de protección.

Quiero darles a conocer lindas expe-

riencias significativas mediante trovas, las cuales compuse con cariño y amor:

Esta linda experiencia entre risas y muñecos. Todos los niños comparten con todos sus compañeros.

Ellos disfrutaban mucho de estas hermosas canciones con las cuales se pretende alegrar sus corazones.

Además, con los niños se crean lazos de afecto a través de los abrazos de las risas y los besos.

Todos los niños y niñas disfrutaban de este momento donde la docente narra un hermoso cuento.

A partir de esta experiencia se fortalece el lenguaje, los niños interactúan señalando personajes.

A través de esta actividad se enseñan pautas de crianza, trabajando los valores que son de gran importancia.

Para cuidar nuestros niños, nosotras los motivamos a consumir alimentos



para que crezcan bien sanos.

Todos ellos participan, identificando algunos las frutas, sus preferidas para un rico desayuno.

Al final, todos consumen estos ricos alimentos, los cuales son importantes para su sano crecimiento.

A través de los sonidos se despiertan los sentidos, disfrutando todos los niños este juego compartido.

Las botellas sensoriales, las elaboran, las madres utilizando materiales, todos ellos reciclables.

Con estas lindas botellas, los niños logran la calma y las docentes, los cuidan poniendo toda su alma.

Ahora sí, me despido ahí les dejo mi experiencia en esta linda labor que se llama la docencia.



Eje 5

Que nadie se quede atrás

Experiencia 13

Más allá de la inquietud: la forma única en la que Mario habitaba el mundo

Regional: Nariño

Autora: Mónica Eliana Cabrera Córdoba
Centro de Desarrollo Infantil San Nicolás - Túquerres, Nariño

Hay niños que llegan al aula y se acomodan como si siempre hubieran pertenecido allí.

Y hay otros, como Marito, que no llegan: ¡jirruppen!

No con ruido, no con palabras, sino con una energía que lo transforma todo.

Yo estaba en párvulos 1 cuando lo conocí.

Era pequeño, dulce, de esos niños que uno quiere abrazar sin razón. Pero también era inquieto, intenso, inasible. Su cuerpo parecía tener un ritmo propio, especialmente su brazo derecho, que se movía con fuerza, como si quisiera decir algo que su voz no alcanzaba a pronunciar.

Marito aún no hablaba.

Pero eso nunca significó que no tuviera nada que decir.

Sostener su atención era, en ese entonces, una tarea que rozaba lo imposible. Mientras los demás niños

lograban entrar en la dinámica de la actividad, él parecía habitar otro mundo, uno donde las consignas no siempre tenían sentido, donde quedarse quieto era una exigencia demasiado grande.

Algunos días lo intentábamos todo.

Y aun así, parecía que nada era suficiente.

Recuerdo con claridad esas miradas cómplices con mi compañera Jennifer. Esas que no necesitaban palabras para decir: «¿Y ahora qué hacemos?».

Y entonces lo intentábamos otra vez. Y otra. Y otra más.

Nos convertimos, literalmente, en lo que fuera necesario.

En payasas.

En narradoras exageradas.

En cuerpos que saltaban, cantaban, hacían gestos imposibles.

Si Marito necesitaba movimiento, nosotras nos movíamos.

Si necesitaba sorpresa, nosotras exagerábamos.

Si necesitaba conexión, nos acercábamos sin invadir.

Porque ahí comenzó todo: en entender que no era él quien debía adaptarse completamente a la actividad... éramos nosotras quienes debíamos ajustar la forma de llegar a él.

Esa fue la primera gran ruptura en mi manera de enseñar.

Antes de Marito, yo pensaba la planeación como un camino que los niños debían seguir.

Después de él, entendí que la planeación debía ser un puente... y que cada niño necesitaba cruzarlo de una manera distinta.

Empezamos a observarlo con más detenimiento.

A leer sus tiempos.

A reconocer sus señales.

Descubrimos que los cumplidos lo hacían encogerse, como si no supiera qué hacer con tanta atención.

Que el contacto afectivo debía ser respetuoso, pero constante.

Que el juego no podía ser rígido, debía tener grietas por donde él pudiera entrar.

Y entonces cambiamos.

No la intención, pero sí la forma.

Las actividades dejaron de ser lineales.

Se volvieron más abiertas, más sensoriales, más vivas.

Incorporamos movimiento.

Pequeños momentos de pausa.

Elementos que pudiera tocar, explorar, transformar.

Y sobre todo, dejamos de medir el éxito en silencio y quietud.

Porque Marito nos enseñó que participar no siempre se ve igual.

A veces participar es mirar.

A veces es acercarse sin quedarse.

A veces es tocar algo y luego alejarse.

A veces es simplemente estar.

Y eso también es válido.

Cada día comenzaba con una pregunta entre Jennifer y yo:

¿Qué estrategia vamos a usar hoy para llegar a él?

Y cada día terminaba con otra:

¿Qué aprendimos hoy de Marito?

Porque sí, nosotras éramos las maestras, pero él también nos estaba enseñando.

Había momentos mágicos.

Pequeños, casi invisibles para quien no

supiera mirar.

Un instante en el que se quedaba unos segundos más.

Una mirada sostenida.

Un gesto de acercamiento.

Una risa.

Y en esos momentos, todo cobraba sentido.

Cuando lograba participar —a su manera— en la actividad, cuando el grupo entero estaba involucrado y él también encontraba su lugar, sentíamos una satisfacción profunda, distinta... no por haber «logrado que obedeciera», sino por haber logrado incluirlo sin romper su esencia.

Porque ese era el verdadero desafío: no cambiarlo... sino acompañarlo.

Marito era inteligente. Intensamente inteligente.

Observaba todo.

Comprendía más de lo que muchos imaginaban.

Era obstinado, sí.

Caprichoso también.

Pero, sobre todo, era persistente.

Nunca se rendía.

Y eso, en un niño tan pequeño, es una forma de sabiduría.

Sabíamos que su historia no era sencilla.

Hacia parte de Aldeas Infantiles SOS.

Y aunque estaba rodeado de personas que lo amaban y cuidaban, su vida ya había tenido desafíos que no siempre se ven, pero se sienten.

Quizás por eso sus formas eran distintas y su manera de estar en el mundo era tan intensa.

Fue ahí donde el cuidado dejó de ser una acción y se convirtió en una postura.

Entendí que incluir no es solo permitir que un niño esté en el aula.

Es construir las condiciones para que ese niño pueda ser, sin sentirse fuera.

Es reconocer las barreras.

No en él, sino en la forma en que enseñamos.

Y empezar a desmontarlas.

Con paciencia.

Con creatividad.

Con amor.

El vínculo que construimos con Marito no fue inmediato.

Fue tejido... día a día. En cada intento, cada fracaso, en cada ajuste.

Y poco a poco, algo empezó a cambiar. No de manera brusca, sino sutil.

Pero era un cambio real.

Marito empezó a permanecer más tiempo, a acercarse más, a confiar.

El amor que le brindábamos —nosotras y sus compañeros— comenzó a reflejarse en su forma de estar.

Porque el afecto también educa.

El grupo también aprendió: a esperar, a comprender, a aceptar las diferencias sin señalarlas.

Eso es inclusión real.

No explicada, vivida.

Han pasado dos años, y aún lo recuerdo.

No como un niño «difícil».

No como un reto.

Lo recuerdo como un maestro.

Uno que no hablaba, pero decía todo.

Me enseñó el valor de un abrazo que no se fuerza.

De una mirada que sostiene.

De un cariño sincero que no necesita palabras.

Me enseñó que enseñar no es imponer caminos, es acompañar procesos.

Que no todos los niños aprenden igual.

Ni al mismo tiempo.

Ni de la misma forma.

Y que eso no es un problema, es una riqueza.

A veces me pregunto dónde estará.

Si sigue moviendo su brazo con esa fuerza.

Si alguien sigue leyendo sus silencios.

Y entonces solo puedo desear que esté en un lugar donde lo entiendan, donde lo abracen como es, donde no intenten cambiarlo, sino acompañarlo.

Que en sus días difíciles, la vida sea suave con él.

Que en sus tristezas, siempre haya luz.

Y que nunca le falte amor.

Porque si algo tengo claro... es que Marito vino a este mundo a dejar huella.

Y en mí... la dejó para siempre.

Desde entonces, no volví a enseñar igual.

Ahora sé que todos participen sí es posible, pero no desde la exigencia, sino desde la comprensión.

No desde el control, sino desde el vínculo.

No desde lo que falta, sino desde lo que cada niño ya es.

Y eso me lo enseñó un niño que nunca dijo una palabra.

Pero que me lo dijo todo.

Con todo, todo el amor del mundo.

Raíces que nos conectan

Regional: Tolima

Autora: Ligia Gonzáles
Centro de Desarrollo Infantil Montecarlo - Ibagué, Tolima

Soy agente educativa y en mi camino he aprendido que Dios siempre busca un lugar perfecto para cada uno. En el Centro de Desarrollo Infantil Montecarlo conocí a Liam Matías, un niño tierno que llegó a mis manos antes de su diagnóstico de Trastorno del Espectro Autista (TEA). El inicio fue un gran reto de mordidas, gritos y llanto, pero hoy, 3 años después, su luz brilla con fuerza.

El lenguaje del agua

Matías se interesa profundamente por los juegos sensoriales. El agua llama su atención; introduce juguetes y los saca, observa caer las fichas. Al colocar sus manitos tiernas sobre el agua mostrando una tranquilidad absoluta. El sonido suave crea un ambiente seguro donde él sonríe y se siente pleno.

Retos y descubrimientos

Jugar con fichas y pelotas de colores le apasiona. Sin embargo, la pintura fue un desafío: al principio le causaba asco en sus manos. Pero no nos rendimos. Al usar espuma, su curiosidad venció al miedo. Ahora atiende a su nombre y, cuando quiere algo, me toma de la mano, señala y nombra: «A-G-U-A».

El corazón de la inclusión

Sus compañeros son su mayor apoyo. «Mati», como le dicen, es extrañado por el grupo cuando no llega. Ver a Thiago Emmanuel acercarse, acariciarlo y decir: «Profe, Mati ya no me pega», es la prueba de que la inclusión ha transformado no solo a Matías, sino a todos los niños.

Reflexión pedagógica final

Acompañar a un niño en su proceso no es moldearlo, es aprender a mirar el mundo desde su perspectiva. Matías me ha enseñado que los avances no siempre son grandes, pero cada pequeño logro guarda un significado profundo. La inclusión es abrir el corazón para comprender, respetar y caminar al lado del otro.



Eje 6

Mi día empieza mucho antes

Experiencia 15

Mi día empieza mucho antes: entre fogones, caminos y amor

Regional: Córdoba

Lilibeth Ruiz - Gestora de Alimentos
Centro de Desarrollo Infantil Fantasía de Luz - Sahagún, Córdoba

Mi día empieza desde las 4:40 de la mañana. A esa hora, cuando todavía todo está en silencio, me levanto con una oración a Dios. Le doy gracias por un nuevo día y por la oportunidad de servir. Luego saludo a mis padres, que son parte fundamental de mi vida, y también a mi perro Fifi, que siempre me recibe con alegría.

Después de organizarme, salgo en mi moto vieja, modelo 2006, que aún da sus pasos. En ese camino pienso en los niños, en sus historias, en lo que cada día puedo aportarles. Siempre he querido hacer parte del trabajo con la primera infancia, porque para mí la niñez es la base del futuro. Estoy convencida de que unos niños criados con amor harán del mundo un lugar mejor.

Soy Lilibeth Ruiz Martínez, normalista superior y gestora de alimentos en el Centro de Desarrollo Infantil Fantasía de Luz, en Sahagún, Córdoba. Allí, desde la cocina, también educo, cuido y acompaño.

Aunque mi lugar principal es la preparación de los alimentos, mi corazón está con los niños. Siempre que puedo, los saludo con un puñetazo suave para generar confianza, para que sientan cercanía. Porque muchas veces, detrás de esos ojitos, hay historias difíciles que no se dicen, pero que se sienten.

Recuerdo especialmente a Juan Guillermo, un niño que vive en mi barrio. Siempre que me ve, quiere que le dé de comer o que esté con él. En esos momentos trato de demostrarle cariño con pequeños gestos, aunque no siempre pueda quedarme a su lado. Le hablo con amor y le hago saber que, aunque no esté todo el tiempo con él, siempre voy a estar cerca.

Casos como el de Juan Guillermo me recuerdan que hay muchos niños que necesitan más que alimento. Necesitan atención, afecto y presencia. Por eso, desde mi labor

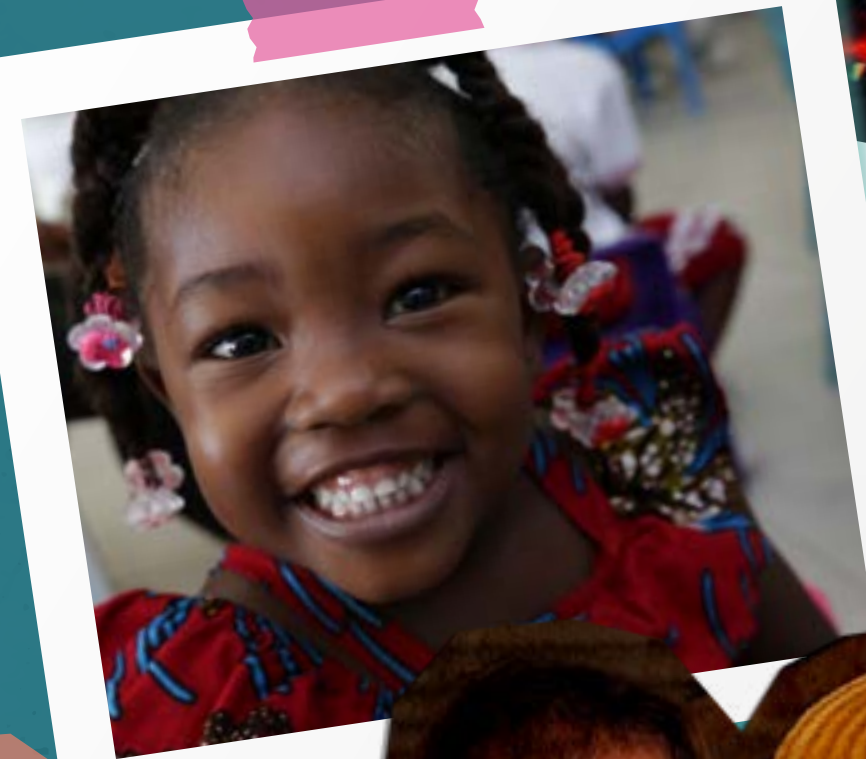
como gestora de alimentos, entiendo que cada plato que sirvo también es una forma de cuidado.

Con el tiempo he aprendido a conocer a los niños: sé a quién le gusta cada fruta, quién necesita más tiempo para comer o quién requiere una palabra de ánimo. También acompaño, desde mi lugar, los procesos de adaptación, que muchas veces son difíciles en las primeras semanas. Los niños llegan con miedo, con incertidumbre, pero poco a poco, con amor y paciencia, van encontrando confianza.

Junto a mi compañera, todos los días cocinamos con amor y ternura. No es solo preparar alimentos, es entender que en cada cucharada también se transmite cuidado. Alimentar también es educar.

Al final del día regreso a casa cansada, pero con el corazón lleno. Porque sé que, aunque mi labor no siempre esté en el aula, también estoy dejando huella en la vida de los niños.

Y cada madrugada, cuando todo vuelve a empezar, recuerdo que en la vida hay muchos «Juan Guillermo», niños que necesitan ser vistos, escuchados y amados. Y mientras esté en mis manos, seguiré aportando desde lo que hago, con amor.



Alfredo

Mi día empieza mucho antes

Regional: Meta

**Autora: Lida Carolina Hernández - Auxiliar pedagógica
Hogar Infantil - Puerto López, Meta**

Mi nombre es Lida Carolina Hernández y trabajo como auxiliar pedagógica en el Hogar Infantil de Puerto López, Meta. Mi función se basa en el cuidado y acompañamiento de los niños y niñas, siguiendo las directrices que se manejan en el hogar infantil.

Mi jornada comienza muy temprano, a las 4:00 a. m., hora en la que me levanto para preparar el desayuno de mis hijos, quienes estudian en la jornada de la mañana. También dejo listo el almuerzo antes de salir de casa. A las 6:15 a. m. salimos juntos; primero los dejo en el colegio y luego continúo mi camino hacia el trabajo, donde normalmente llego a las 6:25 a. m., aunque en ocasiones debo llegar antes, dependiendo de las actividades programadas para el día.

Cuando no se encuentra la persona encargada de servicios generales, las auxiliares pedagógicas asumimos también labores de aseo y organización del hogar infantil. Entre todas adecuamos los salones: instalamos los televisores, llenamos las jarras de agua, organizamos las sillas y dejamos todo listo para recibir a los niños y niñas. A las 7:00 a. m. se abren las puertas y cada docente recibe a su grupo para acompañar el ingreso de los pequeños a sus respectivos salones.

Durante la jornada debemos estar siempre con nuestros tapabocas y garantizar que cada niño esté cómodo y seguro. Organizamos las mesas y sillas, servimos los alimentos y ayudamos a cada uno durante el desayuno. Después, limpiamos rápidamente el comedor para dar paso al siguiente grupo. Más adelante acompañamos las rutinas de higiene:

Posteriormente se desarrollan las actividades pedagógicas planeadas para el día. Preparamos los materiales, acompañamos las experiencias y tomamos evidencias mediante fotografías del antes, durante y después de cada actividad. También promovemos espacios de juego, exploración, creatividad e interacción con sus compañeros.



A las 11:00 a. m. pasamos nuevamente al comedor para el almuerzo. Después realizamos las rutinas de higiene y adecuamos el espacio para el descanso. Organizamos las colchonetas y acompañamos a los niños y niñas durante la siesta. Mientras algunos descansan, aprovechamos para peinar a las niñas que ya están despiertas y prepararlos para continuar la jornada.

Más tarde les damos agua, juegan un rato más y luego pasan nuevamente al baño antes del refrigerio. Organizamos las sillas, lavamos manos y caras, y dejamos todo listo para la entrega a sus familias. También ayudamos a amarrar cordones, limpiamos sus caritas y organizamos los vasos y materiales utilizados durante el día.

A las 3:00 p. m. comienzan a llegar las madres y padres de familia y nos despedimos de las niñas y los niños. Sin embargo, nuestra labor aún no termina. Las auxiliares debemos esperar a que se realice la limpieza del salón para luego organizar nuevamente la silletería, dejar listas las carteleras y preparar los espacios para el siguiente día. Finalmente, firmamos la planilla de registro y regresamos a nuestros hogares, después de una jornada llena de compromiso, cuidado y amor por la primera infancia.

Experiencia 17

Hola, mi querida maestra

Regional: Cundinamarca

**Autora: Angélica Portela Pardo - Coordinadora
Centro de Desarrollo Infantil El Jardín de Hesed - Soacha, Cundinamarca**

Cuando te sentaste a pensar en que carrera estudiar, Cómo cambiar el mundo, Cómo transformar historias, nunca te imaginaste ser una maestra de primera infancia.

Cada día, cada paso, Cada sueño y cada meta que realizas para cada uno de esos niños y niñas con esas caritas de ángeles, sonrisas de chocolate y sueños de mil colores, podrías transformar el mundo, un mundo mágico, un mundo lleno de realidades pero que con tu sonrisa y tu compañía se hace más fácil el trasegar.

Alguien dijo alguna vez qué loco era quien querría cambiar el mundo, pero más loco es quien quiere transformarlo desde la enseñanza. Cada día te levantas buscando qué enseñar cómo hacerlo y que aprender, sabiendo que todo lo que planeaste podría desaparecer o transformarse en un sinnúmero de juegos que jamás pensaste que existían o conversaciones incomprendidas.

Nunca te imaginaste compartir ocho horas diarias con veinte polluelos que cada uno quiere aprender, nunca te imaginaste que cuando dijeran esas primeras palabras en su lenguaje descifrarte pudieran decirte profesora te quiero, tampoco imaginaste que plantarías en cada uno de ellos en sus corazones esa semilla de amor de respeto por el otro transformando realidades.

Nunca te imaginaste derramar lágrimas ya fuera de tristeza o de alegría nunca pensaste que tu sabiduría fuera néctar de alegría. Creo que tampoco Pensaste que fuera una Odisea tratar de imaginar de generar herramientas para poder que estos polluelos coman toda su comida, que las frutas, que las verduras que los hábitos de vida saludable donde ellos y ellas deben incorporar es sus estilos de vida de forma natural; creo que tampoco pasó por tu cabeza enseñar qué es ser independiente, qué es ser autónomo y qué es el autocuidado; nunca pensaste en ser una persona tan importante dentro de la sociedad

Sé que a veces es duro, sé que a veces son incomprendidas, pero cada día llega la recompensa recibir abrazos, regalos como las flores de un jardín cercano, por donde pasan tus niños y niñas es incomparable y más aún que cada niño o niña que acompañas cada día, tu eres la heroína de sus historias de fantasía.

No sabes lo mágico que es para ellos y ellas que tu juegas, pintes, cantes así tu voz no sea la más melodiosa, pero para tus niños y niñas tu voz, es de la mejor cantante del mundo. Escuchar tus historias, leer los libros que los transportan a mil dimensiones de mundos reales, pero que tú los haces más flexibles y comprensibles.

Saber escuchar el silencio es una profecía, ya que cuando este suena fuerte es que algo está sucediendo, algo que llamamos picardías, tus piernas deben ser ágiles y fuertes por que los traviosos les gusta correr, brincar, bailar sin parar.

No es fácil ser maestra, pero es un desafío maravilloso ser maestra de primera infancia y quien está sentada pensando transformar el mundo; pues un niño o una niña te espera, con los ojos abiertos sus oídos despiertos y con sus brazos abiertos.

Mil bendiciones.



Mi día empieza antes de...

Regional: Meta

Autora: Diana Maritza Rojas Rodríguez
Hogar Infantil Puerto López, Meta

Mi día empieza mucho antes de que el sol asome por completo. A las 5:00 de la mañana suena mi alarma y, aunque el cuerpo a veces pide unos minutos más, la vocación me levanta. Soy una mujer de 24 años, auxiliar pedagógica, sin hijos, pero con una gran responsabilidad: acompañar los primeros pasos de muchos niños y niñas en su proceso de aprendizaje. Mientras me preparo, pienso en las actividades del día, en los materiales que debo llevar y en las sonrisas que me esperan. A las 6:00 salgo de casa. El recorrido hacia el centro educativo no siempre es fácil. El transporte puede ser largo, a veces incómodo, y en ocasiones las condiciones del camino no son las mejores. Sin embargo, cada trayecto es también una oportunidad para observar el territorio, reconocer las dinámicas de la comunidad y entender mejor el contexto en el que viven los niños. Veo madres con sus hijos, trabajadores iniciando su jornada, y siento que hago parte de algo más grande. Al llegar al lugar donde trabajo, comienza la verdadera acción. Mi labor como auxiliar pedagógica implica mucho más que apoyar en actividades. Recibo a los niños con cariño, les ayudo a organizar sus pertenencias y procuro que se sientan seguros y felices desde el primer momento.

Durante la jornada, participo en actividades pedagógicas, acompaño juegos, apoyo en la alimentación, y también estoy atenta a sus emociones, conflictos y necesidades. Cada día es diferente. Hay momentos de alegría, como cuando un niño aprende algo nuevo o logra expresar lo que siente. También hay momentos de cansancio, especialmente cuando la jornada es intensa o cuando algún niño necesita atención constante. En ocasiones surgen tensiones, ya sea por situaciones familiares que afectan a los niños o por los retos propios del trabajo en equipo. Sin embargo, cada dificultad se convierte en aprendizaje. A lo largo del día, mi rol también implica observar, escuchar y aprender. No solo acompaño procesos, también reflexiono sobre

ellos. Me cuestiono cómo puedo mejorar, cómo puedo brindar un mejor apoyo y cómo puedo aportar a una educación más inclusiva y humana. Aunque no soy madre, en el aula asumo un rol de cuidado, guía y afecto que transforma mi manera de ver el mundo. Cuando la jornada termina, no significa que el trabajo haya finalizado. Regreso a casa con el cuerpo cansado, pero con el corazón lleno. En el camino de regreso, pienso en lo vivido, en lo que salió bien y en lo que puedo mejorar.

Ser auxiliar pedagógica en la primera infancia es más que un trabajo, es una vocación que exige compromiso, paciencia y amor. Es entender que cada niño es único y que nuestras acciones pueden marcar una diferencia en su vida. Mi día empieza mucho antes y termina mucho después, pero cada momento vale la pena. Al final, ser parte de la educación en la primera infancia significa sembrar semillas que crecerán con el tiempo. Significa acompañar, cuidar y creer en el potencial de cada niño. Y aunque el cansancio es real, la satisfacción de saber que aporté a la construcción de un mejor futuro es aún mayor.



La dulce espera

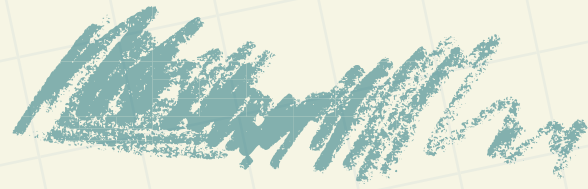
Regional: Nariño

**Autora: Breny Yulisa Rosero Ortega – Agente educativa
Centro de Desarrollo Infantil Pasitos al Futuro**

Mi nombre es Breny Yulisa Rosero Ortega. Soy licenciada en Preescolar y actualmente me desempeño como agente educativa en el Centro de Desarrollo Infantil Pasitos al Futuro, en la modalidad institucional. Cuento con cinco años de experiencia en el programa de Atención Integral a la Primera Infancia. Al finalizar el año 2025, recibí una de las noticias más significativas de mi vida: estaba en embarazo. Desde ese momento, mi corazón se llenó de sentimientos encontrados. Al inicio, los miedos fueron inevitables: surgieron preguntas, incertidumbres y pensamientos sobre lo que vendría. Sin embargo, junto a esos temores también nacieron grandes ilusiones, sueños y una conexión especial que poco a poco fue creciendo dentro de mí.

Ser agente educativa en el Centro de Desarrollo Infantil «Pasitos al Futuro» ha sido una experiencia profundamente significativa durante este proceso. Comprendí que este espacio no solo sería mi lugar de trabajo, sino también un escenario donde mi maternidad se entrelaza con mi labor pedagógica. Cada día se convierte en una oportunidad para fortalecer el vínculo afectivo con mi bebé, a través de las vivencias compartidas con los niños, las niñas y el talento humano con quienes convivo. Desde que mi pancita comenzó a notarse, surgieron múltiples preguntas y comentarios espontáneos por parte de los niños y niñas.

Durante mi gestación, recibí una de las noticias más hermosas: «es una niña». Con gran amor decidimos llamarla Amara, un nombre con un significado muy especial: «la que será amada». Y así lo he sentido desde entonces, rodeada del cariño de mi familia, mis compañeros de trabajo, las familias del Centro de Desarrollo Infantil y, especialmente, de los niños y niñas, quienes día a día expresan su afecto de manera sincera. Es conmovedor ver cómo se acercan a mi pancita, la acarician y le hablan con ternura, llenándola de amor incluso antes de nacer. Mi vida personal también se ha enriquecido profundamente.



Cada día inicia con un momento de conexión espiritual: elevo una oración a Dios agradeciendo por la vida de mi bebé y pidiendo su protección. Le hablo con amor, deseándole bienestar, mientras me preparo para iniciar una nueva jornada. En actividades cotidianas como el baño, la conexión con Amara se hace más evidente. Percibo sus movimientos, especialmente al sentir el agua tibia, lo que me permite interactuar con ella a través de caricias y palabras amorosas, fortaleciendo nuestro vínculo desde el vientre. Durante la alimentación, también se genera un espacio significativo; mientras preparo el desayuno, le explico la importancia de los alimentos, expresándole que todo lo que consumo contribuye a su bienestar y crecimiento. Este diálogo constante fortalece nuestra conexión afectiva. Al salir de casa, compartimos un momento especial con su padre, quien nos despide con palabras llenas de amor y bendiciones. Este acompañamiento fortalece nuestro entorno afectivo y nos brinda seguridad en esta etapa.

Al llegar, el encuentro con las niñas y los niños es, sin duda, uno de los momentos más significativos del día. A través de la asamblea con los niños y las canciones de bienvenida, nos saludan con entusiasmo, con ternura, preguntan si la bebé está dormida y sugieren hacer silencio para no despertarla. En otros momentos, dicen: «la bebé tiene hambre» o «debe comer todo para crecer fuerte», evidenciando cómo interiorizan hábitos saludables y valores de cuidado y a partir de estos comentarios, genero aprendizajes significativos, explicándoles que ellos pueden ser ejemplo para Amara, enseñándole a cuidarse, a alimentarse bien y a crecer sana y fuerte. Así, el aprendizaje se construye desde la experiencia y la interacción durante las actividades pedagógicas, aquellas las relacionadas actividades especialmente con la música, el baile y el movimiento, percibo cómo Amara responde con entusiasmo; sus movimientos aumentan, la siento como si ella también participara de estas experiencias, siento como se relaja cuando les leo cuento a mis niños y niñas. Esto me permite integrar la estimulación prenatal en mi práctica pedagógica, reconociendo que el aprendizaje inicia incluso antes del nacimiento. En conclusión, esta etapa ha transformado mi manera de vivir la educación inicial y la maternidad. Ser madre gestante en un entorno educativo me ha permitido comprender que cada experiencia, palabra y gesto están cargados de significado. No solo acompaño el proceso de los niños y niñas, sino que también construyo un vínculo profundo con mi hija, basado en el amor, el cuidado y el aprendizaje compartido.

Mi día empieza mucho antes

Regional: Huila

**Autora: María Yolanda Motta Díaz - Agente educativa
Saladoblanco, Huila**

Mi día empieza antes de que el sol comience a asomarse. A las 5:30 de la mañana, en medio del silencio, abro mis ojos y lo primero que hago es agradecer a Dios por un día más de vida y por absolutamente todo. Encomiendo mi camino, mi jornada y, sobre todo, a mis niños.

Luego organizo mi uniforme y me pongo bonita: lo hago por mí, pero también por ellos. Alisto mi maleta y empaco los materiales que darán vida a las actividades del día. Mientras tomo el café, mi mente ya ha volado hacia el salón: las risas que me esperan, las pequeñas manos que buscarán las mías y las historias que hoy volverán a empezar.

Enciendo mi medio de transporte y, al salir de casa, el cielo todavía está pintado de tonos suaves. Mi recorrido es más que un simple trayecto; es un espacio de transición donde dejo atrás lo personal para abrazar lo colectivo. No solo me desplazo: me preparo emocionalmente para lo que significa ser maestra. En cada paso recuerdo mi misión: dar cada día lo mejor de mí y dejar huellas importantes en el corazón de cada uno de mis niños.

Al llegar a la unidad de servicio en el Centro de Desarrollo Infantil Dejando Huellas las puertas se abren y, con ellas, un mundo infinito de posibilidades. Lo primero que habita en mí es la gratitud; agradezco a Dios por haberme permitido llegar hasta mi lugar de trabajo.

Mi jornada comienza con el corazón dispuesto, recibiendo a cada niña y niño con una sonrisa o un abrazo. Entiendo que ese primer gesto es vital: algunos llegan con energía desbordante, otros aún con restos de sueño y muchos con historias que necesitan ser escuchadas.

Mi rol se transforma. No soy solo quien enseña, sino una mediadora de experiencias. Mi objetivo principal es que cada niño descubra su propia luz y se reconozca como un ser único e independiente.

En mi día a día, mi labor pedagógica se fundamenta en las actividades rectoras: el juego, el arte, la literatura y la exploración del medio. Estos pilares no solo guían mi planeación, sino que son la base desde la cual diseño estrategias y herramientas para transformar el aula en un escenario de posibilidades, donde cada actividad nace de la observación y de la búsqueda constante de recursos necesarios para potenciar el desarrollo integral de los niños.

Mi labor va más allá de enseñar; soy una mediadora que disfruta buscando estrategias para que ellos sean los protagonistas de cada una de las actividades. Siempre busco que el aprendizaje sea autónomo y significativo, acompañando cada uno de sus procesos para que aprendan a ser independientes, descubran su capacidad de hacer las cosas por sí mismos y expresen sus vivencias junto a sus compañeros.

Creo espacios donde pueden compartir sus experiencias, expresar su voz y dejar sus miedos a un lado. Transformo lo simple en extraordinario, permitiéndoles ser exploradores de su propio entorno y fomentando su curiosidad: que pregunten el porqué de las cosas, que jueguen sin guiones, que corran, rían y reinventen las reglas.

Fomento que sus manos se ensucien y que sus ideas vuelen; que toquen, exploren diferentes texturas y hagan volar su imaginación; que creen figuras con lo que encuentren y que cada trazo sea un reflejo de su mundo interior y su sensibilidad. Les abro las puertas a los libros y a las palabras para que alimenten su capacidad de asombro.

Mi jornada implica también acompañar emociones: consuelo lágrimas, resuelvo conflictos y celebro cada logro, por pequeño que sea, como si fuera el más grande. Les hablo con amor, los escucho y corrijo con dulzura lo que está mal. Les brindo cariño y mucho amor para que cada uno de mis pequeños se sienta protegido.

Hay momentos del día en los que aparece el cansancio y los ruidos se vuelven más intensos, pero todo se compensa con una palabra nueva, un abrazo espontáneo o una risa compartida que me recuerda por qué elegí dejar huella.

En ocasiones el tiempo parece no alcanzar, pero también hay instantes que llenan el alma. Cuando mi jornada termina y los niños se despiden, queda un eco de lo vivido. Organizo el salón, dejo listos los materiales para el día siguiente y luego me permito unos minutos de silencio. Es ahí donde reflexiono sobre lo ocurrido: lo que funcionó, lo que puedo mejorar y lo que me enseñaron hoy.

Ya de regreso a casa llego un poco agotada; en ocasiones mis pies me duelen, pero el corazón permanece lleno de alegría por el trabajo realizado durante el día.

Ser maestra de primera infancia es, ante todo, un acto de vocación pura. Es tener el privilegio de ver el mundo con ojos nuevos y entender que, detrás de cada pregunta curiosa y de cada juego, hay un cerebro conectándose y un corazón aprendiendo a sentir.

Ser docente es tener la valentía de volver a ser niños, de ponernos a su altura para mirar el mundo desde su perspectiva, logrando que cada día se sientan en un lugar seguro, donde el error es parte de la aventura.

Significa ser artesanos de estrategias, buscando incansablemente herramientas y dinámicas que logren tocar la fibra de cada pequeño. Porque entendemos una verdad fundamental: no todos aprenden igual. Cada niño tiene un ritmo distinto, una melodía única, y nuestra labor es ser esa guía paciente que sabe escuchar más allá de las palabras, que interpreta silencios y abraza procesos.

Ser maestra es:

- Tener un corazón noble para entender qué les pasa y acompañarlos con paciencia infinita.
- Ser puente de valores, inculcando el respeto, la solidaridad y el amor en cada gesto cotidiano.
- Gozarse el camino y disfrutar cada actividad como si fuera la primera, porque, si nosotros nos emocionamos, ellos también se transforman.

Y como decía nuestra titiritera Elena Santa Cruz, ser docente de primera infancia es tener el regalo de las tres «C»: corazón, cerebro y coraje.

- Cerebro para pensar y transformar, observar con agudeza, investigar nuevas estrategias y comprender que cada niño es un mundo que requiere una pedagogía pensada a su medida.



- Corazón como motor que nos permite conectar desde el amor, asegurando que cada niño se sienta valorado y que el aprendizaje sea, ante todo, un acto de afecto y ternura.
- Coraje para tener la valentía de anunciar la esperanza y los derechos de la infancia, pero también el carácter para denunciar las injusticias que los vulneran.

Al final del día, nuestra misión es dejar una huella imborrable. Ser docente de primera infancia es sembrar hoy la confianza que ellos necesitarán mañana, asegurándonos de que, mientras sus cerebros se conectan, sus almas se llenen de luz.

Es, simplemente, amar lo que hacemos para que ellos aprendan a amar la vida. Cada día agradezco a Dios por esta bonita labor que es ser docente. Amo mi profesión porque disfruto profundamente cada experiencia y porque, así como mis niños aprenden de mí, yo también aprendo de ellos. Son una curita para el alma.

Experiencia 21

Un año que marcó mi corazón

Regional: Cundinamarca

Autora: Valeria Henao Naranjo

Hoy quiero compartir mi aporte desde un lugar muy especial: mi corazón. Ser auxiliar administrativa me ha permitido ser parte de una de las labores más hermosas que existen: trabajar por el bienestar de los niños, niñas y personas gestantes. Y aunque mi rol no siempre está dentro del aula, mi alma sí ha estado siempre ahí, en cada sonrisa, en cada abrazo, en cada momento compartido.

El pasado 10 de abril cumplí un año siendo parte de esta linda comunidad, y no puedo evitar emocionarme al recordar todo lo vivido. Porque no ha sido solo trabajo; ha sido amor, aprendizaje y crecimiento.

Amo recordar cómo cada día recibía y despedía a los niños y niñas con una sonrisa sincera y un abrazo lleno de cariño. Esos pequeños gestos que parecen simples, pero que guardan tanto significado. Porque en cada uno de ellos encontré alegría, ternura y una conexión tan pura que transforma.

Disfruté profundamente cada espacio compartido: en las aulas, en el comedor, en los pasillos... siendo testigo de cómo, a través del arte, el juego, la literatura y la exploración del medio, los niños y niñas descubren el mundo y nos enseñan a verlo con nuevos ojos.

Ellos, con su inocencia infinita, me enseñaron que la vida está en los detalles, en lo sencillo, en lo auténtico. Me enseñaron a sonreír más, a ser paciente, a valorar lo verdaderamente importante. Sin darme cuenta, han sido maestros de mi vida.

Hoy solo siento gratitud por cada abrazo, por cada risa, por cada aprendizaje que llevo guardado en el alma. Porque trabajar con ellos no solo transforma sus vidas; transforma la mía cada día.

Y por eso, lo que hacemos sí importa, porque dejamos huellas que el tiempo jamás podrá borrar.

CIERRE

Gracias por recorrer estas páginas y hacer parte de esta primera edición de *Diario de una maestra*.

Esperamos que cada historia, experiencia y voz compartida haya inspirado tu corazón y reafirmado la importancia de transformar el mundo desde la educación inicial.

Nos encontraremos en una próxima edición, para seguir contando, tejiendo y celebrando las historias que nacen en los territorios y dejan huella en la Primera Infancia.

Equipo

Dirección de Primera Infancia



**BIENESTAR
FAMILIAR**



**LÍNEA DE
ATENCIÓN A
NIÑOS, NIÑAS
Y ADOLESCENTES.**

PROTECCIÓN · EMERGENCIA · ORIENTACIÓN

Línea gratuita nacional ICBF:
01 8000 91 80 80
www.icbf.gov.co

 ICBFColombia

 @icbfcolombiaoficial

 @ICBFColombia

 @icbfcolombiaoficial